

El sol, como la yema de un huevo roto, estaba suspendido tras la cumbre de la montaña de la Regla de Latón en la heladora mañana en que el padre imperial abandonó este mundo. En ese momento yo estaba recitando mis lecciones matinales delante del Pabellón de la Ladera, y vi descender una bandada de garzas blancas desde el negro bosque de árboles del sebo. Rodearon durante un momento los pasillos bermellón y los tejados negros del Pabellón de la Ladera, y se marcharon entre gritos de angustia y batir de plumas. Vi que mi muñeca, la mesa de piedra y mis libros estaban cubiertos de los grises y acuosos excrementos de las garzas.

Eso son cagadas de pájaro, dijo mi joven ayudante mientras me limpiaba la muñeca con un pañuelo de seda. El otoño avanza y el príncipe debería volver a estudiar en el palacio.

El otoño avanza y pronto caerá la calamidad sobre el Imperio xie, dije yo.

En ese momento entraron en el Pabellón de la Ladera los criados de palacio para informarme del óbito imperial. Llevaban la bandera de la pantera negra del Imperio xie e iban vestidos con

ropas blancas de luto, y sus cintas de duelo ondeaban lentamente con el viento. Tras ellos entraron cuatro criados con un palanquín vacío, que yo sabía que era para llevarme otra vez al palacio donde, en compañía de algunas personas a quienes reverenciaba y de otras a quienes despreciaba, presentaría por última vez mis respetos al padre imperial.

Yo odiaba al difunto a pesar de que era mi padre y había gobernado el Imperio xie durante treinta años. Su catafalco estaba en el Pabellón de las Virtudes Recibidas entre millares de margaritas de color amarillo dorado. Los centinelas que rodeaban el ataúd parecían los cipreses de un cementerio. Me detuve, de pie en el último escalón del Pabellón de las Virtudes Recibidas, hasta donde me había llevado de la mano mi abuela, madame Huangfu. No quería estar allí, no quería estar tan cerca del catafalco. Los hijos de mi madrastra estaban detrás de mí, y cuando me volví para mirarlos me encontré con miradas que me parecieron hostiles. ¿Por qué me miraban siempre de esa manera? No me gustaban. Lo que sí me gustaba era mirar el caldero de alquimista de bronce del padre imperial. Era lo que ahora llenaba mis ojos. Lo veía ahí solo, arrimado a la pared del palacio con el fuego aún ardiendo bajo él y el elixir de su interior enviando nubes de vapor al aire. Un criado estaba echando leña menuda al montón de cenizas. Sabía que era Sun Xin, el viejo criado que con frecuencia subía a las montañas que quedaban detrás del Pabellón de la Ladera para cortar leña. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas cuando me vio e hincó una rodilla en tierra señalando con su machete de cortar leña hacia el exterior del palacio, al Imperio xie. El otoño avanza y pronto caerá la calamidad sobre el Imperio xie, dijo, como ya había dicho muchas otras veces.

Alguien tocó la gran campana que colgaba en el vestíbulo y

todos cuantos estaban frente al Pabellón de las Virtudes Recibidas cayeron de rodillas a la vez. Sentí que debía arrodillarme con ellos y lo hice. Oí la voz añosa pero potente del maestro fúnebre romper el silencio: El difunto emperador tiene un edicto testamentario. El emperador tiene un edicto testamentario. Un edicto.

Cuando mi abuela, madame Huangfu, se arrodilló a mi lado, vi un *ruyi* de jade, el símbolo del poder, colgando de su cinturón. Estaba tallado en forma de pantera, rozaba el escalón a no más de dos palmos de mí y era una distracción muy poderosa. Alargué furtivamente la mano y cogí el *ruyi* con intención de romper la cinta de la cual colgaba. Pero madame Huangfu, que había advertido lo que estaba haciendo, me apartó la mano y susurró en tono severo: Duanbai, escucha el edicto.

De pronto oí que el maestro fúnebre pronunciaba mi nombre con voz aún más solemne: El quinto hijo, Duanbai, sucede en el trono al emperador de Xie. Delante del Pabellón de las Virtudes Recibidas creció un murmullo, y cuando me volví para mirar vi una alegre expresión de satisfacción en el rostro de mi madre, madame Meng. Las caras de las concubinas reales eran diversas: algunas estaban impasibles, otras tenían expresiones de ira o desesperación. Los rostros de mis cuatro hermanastros palidieron. Duanxuan se mordía el labio, Duanming murmuró algo y Duanwu puso los ojos en blanco. Solo Duanwen simuló indiferencia, pero yo sabía que se sentía peor que cualquiera de los otros, porque su corazón ansiaba ascender al trono y era probable que nunca hubiese ni siquiera soñado que el padre imperial iba a entregármelo. Tampoco yo. Nunca en toda mi vida se me había pasado por la cabeza que algún día iba a encontrarme de repente convertido en emperador de Xie. El anciano criado encargado de la alquimia, Sun Xin, había dicho: El otoño avanza y pronto caerá la calamidad sobre el

Imperio xie. Pero ¿qué decía el edicto final del emperador? Fui llamado a subir al trono dorado del padre imperial. No entendía qué significaba todo aquello. Aún era un chico de catorce años y no podía imaginar por qué había sido elegido para continuar la dinastía imperial.

Mi abuela, madame Huangfu, me indicó con un gesto que subiera a recoger el edicto, pero apenas había dado un paso cuando el anciano maestro fúnebre se acercó a mí llevando entre las manos la corona imperial de la pantera negra de mi padre. Caminaba con tan poca seguridad, con un fino hilillo de baba resbalando por su barbilla, que me angustié por él. Ligeramente de puntillas y estirando el cuello, esperaba a que ajustaran sobre mi cabeza la corona imperial de la pantera negra. Tímido y avergonzado, volví a mirar furtivamente el caldero de alquimista que estaba en la pared oeste del palacio, donde Sun Xin dormitaba sentado. El padre imperial ya no necesitaba elixires, y a pesar de ello seguía ardiendo el fuego bajo el caldero. ¿Por qué sigue encendido?, pregunté, pero nadie me oyó. La pesada corona imperial de la pantera negra fue descendiendo lentamente y ajustándose a mi cabeza. Sentí frío en el cuero cabelludo.

De pronto un grito escalofriante emergió con violencia de la multitud congregada frente al Pabellón de las Virtudes Recibidas: Él no, no es el nuevo emperador de Xie. De la fila de concubinas imperiales salió de golpe una mujer. Era madame Yang, la madre de Duanwen y Duanwu. Vi como se abría camino a través de la estupefacta multitud, subía los escalones y venía hasta mí, y, como si hubiera perdido la razón, quitaba la corona imperial de la pantera negra de mi cabeza y la sujetaba contra su pecho. Escuchadme todos vosotros, gritó madame Yang. El nuevo emperador de Xie es Duanwen, el mayor de los príncipes, no el quinto príncipe,

Duanbai. Sacó de entre sus ropas una hoja de papel de arroz. Aquí tengo un edicto testamentario con el sello personal del difunto emperador, dijo. En él, el emperador designa a Duanwen para sucederlo en el trono como nuevo soberano de Xie. El edicto en que se designa a Duanbai es una falsificación.

Frente al Pabellón de las Virtudes Recibidas se elevó otro rugido. Mirando a madame Yang, que apretaba contra su cuerpo la corona imperial de la pantera negra, dije: Quédetela si tanto la deseas; desde luego yo nunca la he querido. En el tumulto intenté escabullirme, pero mi abuela, madame Huangfu, me cerró el paso. Entonces los centinelas ya habían cogido a la enloquecida madame Yang y uno de ellos la amordazaba con una faja funeraria. Vi como se la llevaban escalera abajo y la echaban del alborotado Pabellón de las Virtudes Recibidas.

Yo estaba atónito, preguntándome por qué había sucedido todo aquello.

Al sexto día de mi reinado se llevaron del palacio el ataúd del padre imperial. El vasto cortejo fúnebre avanzó hasta el pie de la ladera sur de la montaña de la Regla de Latón, donde estaban las tumbas de generaciones de soberanos de Xie, y también la tumba de mi hermano menor Duanxian, que murió de niño. Fue durante aquella procesión cuando mis ojos se posaron por última vez en el rostro del padre imperial. Un soberano que había gobernado el cielo y la tierra, un emperador orgulloso y valiente, audaz y despreocupado, ahora yacía en aquel féretro de alcanforero como un tronco encogido y medio descompuesto. La idea de la muerte me causaba horror. Siempre había dado por sentado que el padre imperial viviría eternamente, pero era innegable que estaba muerto.

En el ataúd, con él, vi diversos objetos funerarios: algunos hechos de oro; otros de plata, jade y ágata, y toda clase de piedras preciosas. Había muchos que me habría gustado tener, incluida una espada corta de bronce con incrustaciones de rubí, y tuve que contenerme para no meter la mano y cogerlos para mí, porque sabía que estaba prohibido quitar cualquier objeto funerario al padre imperial.

La procesión de carretas se detuvo en el terreno pantanoso que quedaba junto a la entrada a las tumbas, para esperar a los criados que transportaban los ataúdes rojos con las concubinas imperiales que debían ser enterradas con el padre imperial. Desde donde yo estaba sentado en mi caballo conté siete en total. Me dijeron que a primera hora de la mañana habían ordenado a las mujeres que se ahorcasen ellas mismas con seda blanca. Ahora iban llegando sus ataúdes rojos y eran distribuidos, atendiendo a los auspicios, alrededor de la tumba del padre imperial, como la Osa Mayor rodeando la luna. También me dijeron que habían ordenado a madame Yang que se suicidase igual que las demás, pero se había negado y había salido corriendo descalza por el palacio hasta que la atraparon tres criados que la estrangularon con un trozo de seda blanca.

Cuando los siete ataúdes rojos ya estaban en su sitio, de uno de ellos salió un ruido como de un golpe que hizo que todos los que pudieron oírlo palidieceran de miedo. Vi abrirse lentamente la tapa y madame Yang se sentó en el interior de su ataúd. Tenía el pelo alborotado y lleno de serrín y arena roja, y el rostro blanco como el papel. Perdida toda su energía, ya no podía gritar como lo había hecho unos días antes y la vi agitar por última vez el edicto con el sello imperial ante la multitud reunida a su alrededor. Los criados corrieron hasta ella, llenaron el ataúd de arena y cerraron

la tapa con clavos. Los conté: clavaron diecinueve largos clavos en la tapa.

Todo lo que yo sabía del Imperio xie lo había aprendido del monje budista Juekong, cuyo nombre significa «vacío iluminado». Juekong, elegido como mentor para mí por el padre imperial, era un hombre de profundo saber, maestro de las artes marciales y experto en música, ajedrez, caligrafía y pintura. Durante los días de mi agotadora formación entre las heladas paredes del Pabellón de la Ladera, Juekong nunca se alejó mucho de mi lado y siempre estaba preparado para enseñarme algo de los doscientos años de historia y los novecientos *lis* de territorio del Imperio xie, y para contarme hechos de las vidas de los monarcas y los generales que habían muerto en combate. Me explicó todas las montañas y ríos que quedaban dentro de nuestras fronteras, y me dijo que nuestros súbditos pasaban sus días cultivando mijo, cazando y pescando.

Una vez, teniendo yo ocho años, sufrí el acoso de pequeños demonios blancos. Siempre que estaban encendidas las lámparas subían de un brinco a mi mesa, incluso a los escaques de mi tablero de ajedrez, y se dedicaban a saltar y yo me moría de miedo. Juekong acudía corriendo en cuanto oía mis gritos, desenvainaba la espada y los echaba. Y así, desde los ocho años reverencí a Juekong, mi mentor.

Convoqué a Juekong para que viniese al palacio desde el Pabellón de la Ladera. Cuando se arrodilló ante mí con aspecto infeliz y desolado, y un manoseado ejemplar de *Las analectas* en la mano, advertí que su hábito tenía agujeros y sus sandalias de paja estaban cubiertas de barro oscuro.

¿Por qué se ha presentado ante mí el mentor con un ejemplar de *Las analectas*?, pregunté.

Vuestra majestad aún no ha concluido el estudio. He puesto una señal en el punto en que lo dejamos y lo he traído conmigo para que podamos acabarlo, dijo Juekong.

Ahora soy el emperador de Xie. ¿Por qué cargarme con más estudios?

Si el emperador de Xie no continúa sus estudios, este pobre monje debe volver a la vida de meditación en el monasterio del Bambú Amargo.

No puedes volver, grité súbitamente cogiendo *Las analectas* de la mano de Juekong y tirándolo sobre la cama imperial. No voy a permitir que me abandones, dije. Si te marchas, ¿quién echará a los demonios? Esos pequeños demonios blancos han crecido y se cuelan a través de todas las cortinas de la cama.

Vi que dos pequeñas sirvientas ocultaban sus risas cubriéndose la boca con la mano. Enfurecido porque se reían de mis temores, saqué una vela encendida de un candelabro y se la tiré a la cara a una de ellas. Basta de risas, grité. Al próximo que se ría lo mandaré enterrar vivo en las tumbas imperiales.

Con las brisas otoñales florecieron desenfrenadamente los crisantemos en el Jardín Imperial, y adondequiera que mirase mis ojos se llenaban de un color amarillo que exhalaba el repulsivo olor de la muerte. Había dado orden de que los jardineros imperiales arrancasen hasta el último crisantemo del Jardín Imperial y ellos habían manifestado servilmente su disposición a hacerlo, pero luego, a mis espaldas, habían ido a contárselo a mi abuela, madame Huangfu. Más tarde me enteré de que había sido ella quien había

mandado que plantasen crisantemos por todo el Jardín Imperial. Era su flor favorita, en parte porque insistía en que su peculiar fragancia ejercía un efecto calmante sobre su mareo crónico. Mi madre, madame Meng, me contó una vez en privado que en otoño madame Huangfu se daba un festín de crisantemos tras ordenar a los cocineros imperiales que los preparasen como plato frío y también como sopa caliente, según recetas guardadas celosamente para mantenerla sana y prolongar su vida. Pero no me había derrotado. Los crisantemos nunca dejaban de recordarme los cadáveres fríos y rígidos, y tragarse los pétalos de los crisantemos equivalía a comerse la carne de los muertos, una idea nauseabunda.

La campana de la torre sonó cuando daba audiencia a mis primeros ministros y funcionarios para expresarles mis opiniones sobre los monumentos imperiales. Mi abuela, madame Huangfu, y la viuda emperatriz, madame Meng, se sentaban una a cada lado del trono. Mis opiniones siempre venían de ellas, bien por una mirada velada, bien por un susurro. Yo lo prefería así. A pesar de que yo ya tenía edad y criterio suficientes para no necesitar que las dos mujeres manejaran los asuntos de Estado desde la sombra, elegí no prescindir de ellas para eludir la necesidad de sopesar todas mis palabras y sobrecargar mi cerebro.

Yo estaba sentado sosteniendo sobre una rodilla una jaula para grillos. El grillo de alas negras rompía de vez en cuando la agobiante formalidad con un canto estridente. Me encantaban los grillos, pero mi ansiedad iba en aumento con el avance del frío otoñal porque me preocupaba que a los criados de palacio les resultase cada vez más difícil capturar uno de los feroces grillos de alas negras en las montañas.

No me gustaban mis ministros ni mis funcionarios, que se acercaban hasta los escalones de color bermellón que subían al trono con las piernas temblorosas para informar de la marcha del avituallamiento de nuestros ejércitos fronterizos o para ofrecer ideas sobre la distribución de tierras al sur de las montañas. Pero yo no tenía libertad para dar por concluida la audiencia hasta que terminasen de hablar y madame Huangfu levantase su bastón de la longevidad de sándalo púrpura. Por mucho que creciese mi impaciencia, estaba bloqueado. El monje Juekong me dijo una vez que la vida de un emperador transcurre entre cotilleos, quejas y rumores.

En presencia de los ministros, madame Huangfu y madame Meng mantenían una actitud digna y refinada. Aparentemente las dos mujeres se llevaban a la perfección y eran hábiles en la política, pero al terminar las audiencias se enzarzaban invariablemente en acaloradas disputas cargando una contra la otra con lenguas afiladas como espadas. En una ocasión, los ministros acababan de abandonar el Pabellón de los Corazones Colmados, donde estaba mi trono, cuando madame Huangfu dio un bofetón a madame Meng. Yo me quedé horrorizado y solo fui capaz de mirar mientras madame Meng se cubría la mejilla y corría hasta detrás de las cortinas, donde se derrumbó llorando. Fui tras ella y le oí decir entre sollozos: Maldita sea esa vieja bruja, cuanto antes se muera, mejor.

Me quedé allí plantado contemplando un rostro deformado por la humillación y el odio, un rostro hermoso a pesar de que le rechinaban los dientes. Desde que tengo recuerdos, esa mirada peculiar ha sido una expresión permanente e inmutable en la cara de mi madre. Siempre fue una mujer suspicaz e intranquila, y estaba segura de que su hijo, mi hermano Duanxian, había sido

envenenado, y de que la sospechosa más probable era la concubina favorita del emperador, Dainiang, que en consecuencia acabó pagando por su supuesto acto de crueldad con la pérdida de los diez dedos de las manos. Después de eso fue enviada al mugriento Palacio Frío, donde, yo lo sabía bien, las concubinas caídas en desgracia vivían en la desdicha el resto de sus días.

Una vez fui a hurtadillas hasta el Palacio Frío para ver cómo eran las manos sin dedos de Dainiang. La zona, situada al fondo de los terrenos del palacio, era amenazadoramente fría; todos los laterales del patio estaban cubiertos de musgo y forrados de telarañas. Atisbando por una ventana vi a Dainiang, sumida en el letargo sobre una cama de paja, junto a la cual había un orinal rajado del cual ascendía un hedor acre que impregnaba el aire. Seguí mirando hasta que Dainiang se dio la vuelta y pude ver una de sus manos; colgaba inerte por el costado de la cama de paja, iluminada por un rayo de sol que se filtraba por la ventana. Parecía un pastel aplastado y ennegrecido recubierto de sangre seca y putrefacta, y había atraído una nube de moscas que se habían instalado sin miedo sobre el miembro lisiado.

No pude ver la cara de Dainiang, y, como las mujeres de palacio eran tan abundantes como las nubes, ni siquiera pude saber qué concubina era. Alguien me dijo que había tocado el laúd de tal manera que parecía un sueño. Pero pensé que nadie, por mucho talento que tuviese, podría volver a pulsar un laúd sin dedos. Me pregunté si en los días festivos y en las ocasiones especiales que estaban por venir alguien recorrería los jardines con un laúd, tocando alguna música hermosa como si la hubieran inspirado los inmortales. No dudé ni por un momento que Dainiang hubiese conspirado con alguno de los cocineros imperiales para poner arsénico en las gachas dulces de mi hermano Duanxian. Y a pesar

de ello, tenía mis dudas acerca de por qué le habían cortado los dedos. Así que pregunté a mi madre, madame Meng, que suspiró antes de decir: Odiaba esas manos que tenía. Pero ni siquiera esa respuesta me satisfizo, así que fui con mi pregunta a mi mentor, Juekong, quien dijo: Eso es fácil de responder. Los dedos de Dai-niang podían producir música hermosa con el laúd, y los de madame Meng no.

Hasta el momento de mi ascenso al trono once concubinas habían sido confinadas en el Palacio Frío, en el bosque de árboles sombrilla. Por las noches, el sonido de sus llantos llegaba flotando y se arremolinaba alrededor de mis oídos. Ese llanto nocturno me molestaba terriblemente, pero no había manera de acallararlo, porque a las moradoras, mujeres con temperamentos extraños, les traía sin cuidado la vida o la muerte. Durante el día se tapaban la cabeza y dormían, pero al caer la noche volvían a la vida y mantenían en vela a todos los que residían en el palacio con sus desgarradores llantos y gemidos. Me volvía loco, pero no podía parar el ruido enviando criados a llenarles la boca de trapos porque el Palacio Frío era un lugar prohibido para casi todos. Mi mentor, Juekong, me aconsejó aceptar el llanto de las mujeres como uno de los sonidos nocturnos del palacio. Desde su punto de vista, el llanto no era muy diferente del sonido del gong de latón del guardia nocturno que hacía la ronda por el exterior de los muros del palacio. La tarea del guardia era dar aviso con su gong del paso del tiempo a lo largo de la noche, mientras que las concubinas repudiadas del Palacio Frío recibían el alba con sus llantos. Eres el emperador de Xie, me dijo el monje Juekong. Tienes que aprender a ser tolerante.

El consejo de Juekong me pareció incomprendible. Era el emperador de Xie, ¿por qué tenía yo que aprender a ser tolerante?

De hecho, era más bien al contrario: tenía poder para acabar con cualquier cosa que me molestase, incluido el sonido del llanto que llegaba por la noche desde el bosque de árboles sombrilla. Así que un día hice llamar al verdugo imperial y le pregunté si había alguna manera de impedir que aquellas mujeres llorasen. Solo si les cortáis la lengua, dijo. Le pregunté si morirían por cortarles la lengua. No si se hace de la manera correcta, respondió. Entonces hazlo. No quiero volver a oír esos gemidos diabólicos ni esos aullidos de lobo nunca más.

Mi orden fue ejecutada en el más absoluto secreto; nadie salvo el verdugo imperial y yo teníamos conocimiento de ella. Después me trajo un paquete de papel ensangrentado. Sus días de llorar han terminado, dijo mientras desenvolvía pausadamente el paquete. Miré para ver lo que contenía. Las lenguas de aquellas concubinas lloronas parecían lenguas de cerdo saladas, una exquisitez considerable. Recompensé al verdugo con unas monedas de plata y le ordené que bajo ninguna circunstancia contara a madame Huangfu lo que había hecho. Si ella preguntaba, debía decirle que habían perdido sus lenguas al mordérselas por descuido.

Pasé toda esa noche intranquilo. Del Palacio Frío no salía sonido alguno, como me habían prometido. De hecho, en todo el palacio solo los vientos de otoño, el murmullo de la caída de las hojas y el esporádico sonido metálico del gong del guardia nocturno rompían el silencio sepulcral de la noche. Pero yo me agitaba y daba vueltas en el lecho imperial, asaltado por pensamientos sobre las lenguas que había mandado al verdugo cortar a aquellas patéticas mujeres, y empecé a sentir miedo. Ya no había sonidos que me impidieran descansar, y a pesar de ello no podía dormir. Las criadas que estaban a los pies de mi cama, notando mi desasosiego, preguntaron: ¿Desea aliviarse vuestra majestad? Negué con la

cabeza y miré por la ventana la titilante luz de la linterna y el cielo azul oscuro, mientras pasaban por mi cabeza las imágenes de las tristes mujeres del Palacio Frío que ya no podían llorar. ¿Por qué hay tanto silencio?, pregunté a las criadas. Hay tanto silencio que no puedo dormir. Traedme mi grillera.

Una de las criadas volvió con mi querida grillera, y durante muchas noches caí dormido escuchando el vivo canto de los grillos de alas negras. Pero nunca me abandonaba algún resto de melancolía, porque cuando terminase el otoño y cayeran las primeras nieves del invierno mis grillos domésticos morirían. ¿Cómo iba a pasar las largas noches cuando sucediera eso?

Empecé a estar cada vez más ansioso y atemorizado por la iniquidad que había hecho cometer al verdugo imperial en mi nombre. No capté indicio alguno de que madame Huangfu ni los primeros ministros estuvieran al corriente de lo sucedido, así que un día, después de la audiencia imperial, pregunté a madame Huangfu si había estado últimamente en el Palacio Frío, y luego le hice saber que todas las mujeres allí recluidas se habían mordido la lengua y la habían perdido. Ella me miró con cariño durante mucho rato y luego dijo con un suspiro: No me extraña el silencio sepulcral de las últimas noches. No he podido pegar ojo. ¿Te gustaba oír a esas mujeres llorar toda la noche, abuela?, pregunté. Ella, con una sonrisa ambigua, dijo: Les han cortado la lengua, y ya está. Pero bajo ninguna circunstancia debes dejar que una sola palabra de esto traspase los muros del palacio. Ya he dado aviso de que cualquiera que deje escapar una palabra de ello perderá la lengua.

En ese momento desapareció el peso que oprimía mi corazón. Mi abuela habría aplicado la misma clase de castigo que yo, y esa

certeza me proporcionó un alivio teñido de incertidumbre. Apparentemente yo no había hecho nada malo. A los ojos de madame Huangfu era correcto cortar la lengua a las once mujeres recluidas en el Palacio Frío.

El caldero de alquimista de bronce en que se refinaban las píldoras de la inmortalidad seguía en un rincón de la sala. A pesar de que las cenizas que tenía debajo ahora estaban frías, el bronce, que había cambiado de color por el contacto con los dedos de la gente, seguía caliente. El difunto emperador había tomado las píldoras durante todo el año después de gastar una gran cantidad de oro en traer a un alquimista desde la lejana y fantástica isla de Penglai. Pero el elixir de Penglai no había sido suficientemente poderoso para prolongar la disoluta y frágil vida del anterior emperador. El alquimista salió disparado del palacio la noche previa a la muerte del anterior emperador, como prueba de que el elixir, aclamado como panacea para todas las dolencias y garantía de inmortalidad, era mera charlatanería.

El criado de palacio que se ocupaba del fuego, Sun Xin, era un hombre viejo y canoso. Lo veía pasar por delante del caldero de alquimista mientras soplaban los vientos otoñales y detenerse a recoger astillas de leña y cenizas frías. Cada vez que yo pasaba él se me acercaba de rodillas sosteniendo cenizas entre las palmas de las manos y decía: El fuego se ha apagado y pronto caerá la calamidad sobre el Imperio xie.

Cada vez que me encontraba rodeado de los funcionarios palaciegos y los sirvientes civiles, todos ellos criaturas sonrientes y serviles, pensaba en Sun Xin con su cara triste y llorosa, y decía a los que me rodeaban: ¿Qué significan esas sonrisas idiotas? El

fuego se ha apagado y pronto caerá la calamidad sobre el Imperio xie.

En otoño nuestros terrenos de caza quedaron desiertos y desolados; el sotobosque y las hierbas silvestres crecieron hasta la altura de la rodilla. Los fuegos encendidos para espantar la caza hacia nosotros aparecían y desaparecían ante nuestros ojos. El tufo a bosque quemado invadió el valle que quedaba al pie de la montaña de la Regla de Latón, y mientras las liebres, los corzos y los ciervos de las montañas corrían para salvar sus vidas por el valle lleno de humo yo oía el silbido de las flechas de los cazadores y los gritos de alegría que estallaban y se apagaban.

Me encantaban las cacerías anuales al ojeo. Casi todos los hombres de la familia imperial participaron en la de ese año formando una ancha fila de jinetes que espoleaban sus caballos con los arcos y las flechas preparados. Mis hermanastros venían inmediatamente detrás de mi poni ruano. Cuando me volví para mirar al tercer príncipe, Duanwu, y a su hermano, el primer príncipe, Duanwen, vi las que podrían haber sido miradas de tristeza pero que también podían ser arrogantes sonrisas de superioridad. También vi al enclenque segundo príncipe, Duanxuan, y al torpe cuarto príncipe, Duanming, que se nos pegaban como chinches. El séquito incluía a mi mentor, el monje Juekong, y una formación de guardias imperiales con uniforme púrpura.

El primer atentado de mi vida como emperador tuvo lugar durante aquella cacería. Recuerdo haber visto un ciervo de montaña pasar frente a mí con su hermosa capa reluciendo entre la maleza. Cuando espoleé mi poni me llegó desde atrás un grito de Juekong: Cuidado, a vuestra espalda, una flecha asesina. Me giré justo a

tiempo de ver una flecha envenenada que venía hacia mí. Falló por poco mi casco con penacho blanco y, en esa fracción de segundo, a todos los que me rodeaban les sobrevino un sudor frío.

Yo estaba igual de asustado que los demás. Espoleando su caballo, Juekong vino al galope y me cambió al vuelo de mi montura a la suya. Aún temblando de miedo, me quité el casco y vi que la flecha había partido en dos la blanquísima pluma de ganso. ¿Quién ha lanzado esa flecha?, pregunté a Juekong. ¿Quién quiere verme muerto? En lugar de contestar de inmediato, recorrió con la mirada la ladera cubierta de árboles. Tu enemigo, dijo por fin. ¿Quién es mi enemigo?, pregunté. Sonriente, dijo: Velo por ti mismo. Quienquiera que se esconda lejos de ti es tu enemigo.

En ese momento me di cuenta de que mis cuatro hermanastros no estaban a la vista, y tuve la seguridad de que se habían ocultado en algún grupo de árboles. El primer príncipe, Duanwen, era el principal sospechoso, pues él era el mejor arquero de los cinco hermanos, y solo un individuo siniestro como él era capaz de idear semejante trama para un asesinato.

Duanwen, con un corzo colgado en bandolera, fue el primero en volver galopando hasta el campo cuando sonó el cuerno para convocar a los cazadores. Sobre las ancas de su caballo colgaban cinco o seis conejos y una sarta de faisanes. Su aljaba estaba manchada de la negra sangre de sus presas. También había gotas de sangre salpicando su manto blanco. Verlo sonreír con arrogancia sentado orgullosamente sobre su caballo produjo en mí un efecto extraño. Quizá, después de todo, pensé, la ahora muerta y enterrada madame Yang haya dicho la verdad. Duanwen era un calco del difunto padre imperial; parecía el nuevo emperador de Xie. Yo no me parecía.

¿Ha tenido buena caza vuestra majestad?, preguntó con des-

caro el imperturbable y aún montado Duanwen. ¿Por qué no hay presas en la grupa del caballo de vuestra majestad?

Han estado a punto de asesinarme, dije. ¿Sabes quién me ha disparado una flecha?

No lo sé. Veo que vuestra majestad no ha resultado herido, y como soy un excelente arquero estoy seguro de que no puede haber sido una flecha mía. Duanwen se inclinó ligeramente desde la cintura, pero mantuvo su sonrisa arrogante.

Entonces debe de haber sido Duangwu. No perdonaré a quien haya intentado matarme, dije con los dientes apretados, e hice res-tallar el látigo y me alejé en mi poni. El viento gemía en mis oídos y los arbustos se rompían y crujían bajo el galope de los cascos. Igual que la propia montaña de la Regla de Latón en otoño, mi corazón estaba en carne viva mientras pensaba en la flecha del asesino. Desconcertado y furioso, decidí recurrir al castigo que madame Meng había aplicado a Dainiang: mandaría al verdugo imperial que cortara los dedos a Duangwen y Duangwu, porque no quería volver a presenciar nunca más sus demostraciones de habilidad con el arco.

El incidente de la cacería provocó revuelo en palacio. Mi madre, madame Meng, lloró sin disimulo en la audiencia de la mañana siguiente y apeló a madame Huangfu y los ministros reunidos para que se hiciera justicia castigando a Duanwen y Duanwu. Madame Huangfu, con su vasta experiencia y su bagaje de saber, mantuvo una actitud majestuosa mientras aconsejaba a madame Meng: Ya he visto antes cosas como esta, y no hay motivo para alarmarse. No hay que condenar a Duanwen y Duanwu sobre la base de especulaciones nada más. Dejadme averiguar la identidad del asesino

frustrado. Ya habrá tiempo para castigar al culpable cuando las aguas hayan vuelto a su cauce y las rocas queden al descubierto. Pero madame Meng, convencida de que madame Huangfu siempre había sido favorable a Duanwen y Duanwu, desoyó su consejo e insistió en que se convocara a los dos hermanos al Pabellón de los Corazones Colmados para interrogarlos. Madame Huangfu le recordó que las cuestiones personales no tenían cabida entre los asuntos de la corte oficial. Vi que el funcionario que supuestamente debía dar la orden se debatía con su dilema delante de los escalones bermellón; el miedo que había en sus ojos demostraba que no sabía qué hacer. La escena me pareció bastante divertida y no pude evitar una risita. Como seguíamos estancados, madame Huangfu abandonó abruptamente su actitud afable y levantó su bastón de la longevidad de sándalo púrpura como señal para que los ministros se retirasen. Mientras se marchaban la vi trazar un arco en el aire con el bastón y golpear fuerte con él el tocado de madame Meng. El chillido que salió de la boca de madame Meng fue seguido por un apelativo ineducado, vulgar y soez de los que solo se oyen en los mercados.

Yo me quedé pasmado. Los ministros que salían de la sala se detuvieron y se volvieron para ver qué estaba ocurriendo. Madame Huangfu temblaba de ira. Fue hasta madame Meng y la golpeó en la boca con la punta de su bastón de la longevidad. ¿Qué has dicho?, preguntó. Debí de estar ciega para permitir que un día la hija de un vulgar vendedor ambulante de tofu llegase a ser viuda emperatriz. Una mujer como tú no puede cambiar. ¿Cómo alguien capaz de vomitar tales vulgaridades puede tener la osadía de sentarse en el Pabellón de los Corazones Colmados?

Madame Meng rompió a llorar cuando el bastón de madame Huangfu se movió de un lado a otro por sus labios. No volveré a

maldecir, dijo entre sollozos. Sigue con tus maquinaciones contra Duanbai, porque no descansarás hasta verme muerta.

Duanbai no es tu hijo; es el soberano del Imperio xie, la reprendió madame Huangfu con voz temible. Si no paras de llorar y gimotear, y no empiezas a mostrar un poco de decoro, tendré que devolvarte a esa tienda de tofu de la que viniste. Tú sirves para hacer tofu, no para ser viuda emperatriz de Xie.

Cuanto más las oía discutir más aburrido me parecía todo, así que me escabullí cuando nadie miraba. Pero apenas había llegado hasta un gran cinamomo cuando un soldado uniformado corrió a mi encuentro, se arrodilló y dijo: Los bárbaros han roto nuestras defensas. El general Zheng ha enviado una comunicación urgente para vuestra majestad desde el frente occidental. Su mano sostenía un despacho con tres plumas. No quiero tener nada que ver con eso. Llévaselo a madame Huangfu, dije mientras saltaba y arrancaba del cinamomo una fragante rama cargada de flores con la que luego di un golpe en el trasero al soldado arrodillado. No me interesan vuestros asuntos, recalqué mientras me alejaba. Me dais dolor de cabeza con esa manía de estar siempre trayéndome una cosa u otra. ¿Dices que los bárbaros han roto nuestras defensas? Bueno, empujadlos hasta donde estaban. ¿Es muy difícil?

Vagué sin rumbo por el palacio y acabé parándome frente al caldero de alquimista del anterior emperador. La superficie de bronce brillaba bajo los rayos del sol poniente y me pareció ver una bolita marrón girando rápidamente en el hirviente líquido. Noté un extraño olor medicinal cuando salieron efluvios de vapor de un caldero cuyo fuego había sido apagado hacía mucho tiempo. Mi manto imperial rojo pitón se empapó rápidamente de sudor (el caldero de alquimista del anterior emperador siempre me hizo sudar copiosamente). Cuando golpeé la superficie del cal-

dero giratorio con la rama de cinamomo, el viejo criado Sun Xin salió de detrás como un fantasma y su repentina aparición me sobresaltó. En su rostro seguía habitando la tristeza, y en sus ojos la locura. Me ofreció una flecha rota.

¿De dónde has sacado eso?, pregunté pillado por sorpresa.

De la montaña de la Regla de Latón. La cacería al ojeo. Señaló hacia el noroeste. Sus labios agrietados temblaban como hojas cuando dijo: Es una flecha envenenada.

Cuando pensé en lo sucedido durante la cacería, la depresión se apoderó de mí. Estaba claro que el frustrado asesino gozaba de la protección de madame Huangfu, mi abuela, pero la flecha envenenada había caído en manos del viejo loco Sun Xin. Yo no sabía cómo la había encontrado ni por qué quería dármela.

Tira eso, dije a Sun Xin. No la quiero. Sé quién la disparó.

Un asesino ha disparado su flecha y pronto caerá la calamidad sobre el Imperio xie. Sun Xin tiró despreocupadamente la flecha rota. Sus ojos volvieron a enturbiarse con las lágrimas.

Sun Xin me fascinaba. Encontraba nueva e interesante su manera de preocuparse por casi todo. El viejo loco me gustaba más que cualquier otro criado o esclavo del palacio, una actitud por la cual tanto mi abuela, madame Huangfu, como la viuda emperatriz, madame Meng, habían manifestado su disgusto. Pero yo había establecido desde la niñez un vínculo especial con Sun Xin y a menudo lo arrastraba al exterior a jugar a la rayuela.

No llores. Saqué un pañuelo para secar sus mejillas y cogí sus manos entre las mías. Vamos a jugar a la rayuela. Hace mucho tiempo que no lo hacemos.

Jugar a la rayuela. Pronto caerá la calamidad sobre el Imperio xie. Eso murmuraba mientras levantaba la pierna izquierda y saltaba de un cuadro a otro: uno, dos, tres.

No pude llevar a cabo mi plan de castigar a Duanwen y Duanwu porque ninguno de los verdugos se atrevía a levantar la mano contra ellos.

Habían pasado algunos días cuando los vi pasar frente al Pabellón de los Corazones Colmados paseando de la mano, y la visión me deprimió aún más. Sabía que mi abuela había intercedido por ellos con éxito, y eso me disgustó mucho con ella. Ya que su palabra era ley, pensé, ¿por qué no dejar que se quedara con el trono de Xie?

Con la sensación de que algo me preocupaba, madame Huangfu me hizo llamar para que fuera junto a su cama en el Pabellón del Esplendor, y allí se quedó observándome en silencio.

Parecía terriblemente vieja y frágil sin su colorete y sus polvos, y me asaltó la idea de que madame Huangfu pronto ocuparía su lugar en las tumbas imperiales al pie de la montaña de la Regla de Latón.

¿Por qué esa cara tan larga, Duanbai?, preguntó cogiéndome la mano. ¿Ha muerto alguno de tus grillos domésticos?

¿Por qué tengo que ser emperador de Xie si siempre debo hacer lo que dices?, le solté. Sin saber qué más decir, me quedé mirándola mientras ella se sentaba bruscamente con expresión de asombro y disgusto. Reculé instintivamente.

¿Quién te ha dicho que vengas a decirme eso? ¿Ha sido madame Meng o ha sido ese mentor tuyo, Juekong?

Se movió hacia mí con sus horribles preguntas mientras cogía el bastón de al lado de su cama. Yo reculé otro paso temiendo que fuera a pegarme en la cabeza con el bastón. Pero no lo hizo. En lugar de eso, lo agitó en el aire durante un momento y luego lo descargó sobre la cabeza de una de las criadas. ¿Qué haces remoloneando por aquí?, dijo. Márchate.

Vi como la pequeña muchacha retrocedía con los ojos enrojecidos hasta desaparecer tras el biombo y no pude evitar romper a llorar. Duanwen me disparó una flecha durante el ojeo, dije sollozando, pero no quieres castigarlo por eso. Si no hubiera sido por el aviso de Juekong, me habrían matado.

Ya los he castigado. He pegado tres veces con el bastón a cada uno de tus cuatro hermanos. ¿No es suficiente castigo?

No, grité. Quiero que corten los dedos a Duanwen y Duanwu para que nunca más puedan disparar otra flecha.

Eres un niño insensato. Madame Huangfu tiró de mí para sentarme en su cama y me acarició ligeramente las orejas. Una sonrisa amable asomaba en las comisuras de su boca. Duanbai, el primer requisito de un soberano es ser clemente. No hay que ser despiadado ni cruel. No es la primera vez que te lo digo. ¿Por qué siempre lo olvidas? Y no solo eso. Duanwen y los otros son descendientes de la familia imperial de Xie, son herederos del emperador. ¿Cómo podrías presentarte ante los espíritus de tus antepasados si les hubieras cortado los dedos? O incluso ante los funcionarios de palacio y ante el resto de tus súbditos.

Pero ¿a Dainiang no le cortaron los dedos por un envenenamiento?, repliqué yo.

Eso es muy diferente. Dainiang era una humilde criada, pero Duanwen y sus hermanos tienen sangre imperial, son mis propios y muy queridos nietos. Mientras yo viva no perderán los dedos.

Sentado en la cama de mi abuela con la cabeza gacha, notaba los aromas de almizcle y membrillo que impregnaban sus ropas. De su cinturón de dragón y fénix colgaba un precioso *ruyi* de jade translúcido, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no cogerlo y guardarlo en mi pequeño bolsillo. Ojalá me hubiese atrevido.

Duanbai, ¿eres consciente de que en la corte de Xie es tan

fácil destronar a un emperador como entronizar a otro? Nunca olvides eso.

No me fue difícil entender ese último comentario de mi abuela. Salí de prisa del Pabellón del Esplendor y, al pasar por el jardín de los crisantemos, escupí con furia a las condenadas flores. Maldita sea esa vieja bruja; cuanto antes se muera, mejor, maldije en voz baja. Era algo que había aprendido de la viuda emperatriz, madame Meng. Pero ni siquiera esa maldición consiguió aplacar mi ira, así que salté al interior del querido jardín de madame Huangfu y pisoteé algunas de sus flores amarillas. Cuando levanté la vista, la pequeña criada a quien había pegado mi abuela estaba ahí, parada bajo el alero, y su rostro mostraba una expresión de total desconcierto. En la frente, donde la había alcanzado el bastón de la longevidad, tenía una ampolla llena de sangre. Recordé el consejo de madame Huangfu acerca de ser clemente, y en ese momento me pareció ridículo. Mi pensamiento viajó a un momento en que estaba estudiando en el Pabellón de la Ladera y a uno de los proverbios que había tenido que aprender de memoria: Los actos que contradicen nuestras propias palabras son un defecto humano. Como ya había visto, la prueba de eso estaba en la persona de madame Huangfu.

En ese preciso instante aparecieron Duanwen y Duanwu por la entrada circular del Pabellón del Esplendor. Salí del jardín de un salto y les cerré el paso. Por el gesto de sorpresa de sus caras supe que los había pillado desprevenidos.

¿Qué hacéis aquí?, pregunté en tono ofensivo.

Hemos venido a presentar nuestros respetos a la abuela, dijo Duanwen, ni humilde ni altivo.

¿Por qué nunca habéis venido a presentarme vuestros respetos? Les pasé por el mentón una rama de crisantemo.

Duanwen permaneció en silencio, pero Duanwu me fulminó con la mirada, así que le di un empujón que lo hizo trastabillar hacia atrás. En cuanto recuperó el equilibrio volvió a clavar sus ojillos en mí con una mirada salvaje. Yo me agaché, cogí un crisantemo y se lo tiré a la cara. Si vuelves a mirarme mal una sola vez, dije, haré que te saquen los ojos.

Duanwu volvió la cabeza pero no se movió de donde estaba. No se atrevería a seguir mirándome mal. Duanwen, que estaba de pie a mi lado, se había puesto pálido y vi lágrimas brillando en sus ojos. Sus labios finos y femeninos estaban muy apretados y casi goteaban rojo.

Yo no os he hecho nada, ¿por qué tenéis que estar así de sombríos?, le dije a Duanwen en tono provocativo, volviéndome. Veremos si os atrevéis a dispararme otra flecha. Voy a estar esperando.

Aún en silencio, cogió de la mano a Duanwu y me sortearon para ir rápidamente hacia el Pabellón del Esplendor, donde descubrí a madame Huangfu de pie en el pasillo; probablemente había presenciado todo el incidente. Con el bastón de la longevidad en la mano, su aspecto era sereno e indiferente, y no había manera de saber si aprobaba mi comportamiento o no. Pero yo estaba demasiado satisfecho con la manera en que había desahogado mi enfado para preocuparme por eso.